

DE PROGRESISTA A CARLISTA.
CÁNDIDO NOCEDAL (1821-1885),
UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA

Edición a cargo de
Ignacio Hoces Íñiguez

FUNDACIÓN IGNACIO LARRAMENDI
EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Imagen de cubierta:
Caricatura de Cándido Nocedal, *El motín* 24/06/1883

Edición al cuidado de Alicia Esteban Estríngana

© Del texto: Carlos Hoces Íñiguez.
© De la presente edición: Fundación Ignacio Larramendi
C/ Alenza, 4, 5ª planta.
28003 Madrid (España)
Tel.: (+34) 914 32 10 42
www.larramendi.es

Ediciones Doce Calles, S.L.
Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

ISBN (Fundación Ignacio Larramendi):
ISBN (Doce Calles): 978-84-9744-438-5
Depósito legal: M-23937-2022

Impreso en España

SUMARIO

Abreviaturas	11
Prólogo.....	13
<i>Jorge Vilches</i>	
Prólogo.....	15
<i>Pedro Carlos González Cuevas</i>	
 Capítulo 1. Marco teórico y conceptual. Introducción general.....	 21

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA Y LA PARTICIPACIÓN PROGRESISTA (1821-1843)

Capítulo 2. El hombre y su personalidad.....	37
Capítulo 3. El ascenso social familiar, la militancia progresista y los inicios profesionales.....	57

SEGUNDA PARTE

LA ETAPA MODERADA. DESDE EL COALICIONISMO HASTA EL NEOCATOLICISMO (1843-1868)

Capítulo 4. El tránsito hacia el centro político: del coalicionismo al puritanismo. la oposición moderada al General Narváez.....	99
Capítulo 5. La época de Bravo Murillo y los últimos gobiernos moderados: de la colaboración gubernamental a la oposición constitucional.....	167
Capítulo 6. La consolidación política en los años del Bienio Progresista: el neocatolicismo.....	191
Capítulo 7. Nocedal como Ministro de Gobernación.....	247
Capítulo 8. La última década neocatólica. El ocaso del reinado de Isabel II.....	285

TERCERA PARTE
NOCEDAL EN EL CARLISMO (1869-1885)

Capítulo 9. Entre el tradicionalismo isabelino y el tradicionalismo carlista.....	391
Capítulo 10. Nocedal en la Restauración: <i>El Siglo Futuro</i> y la dirección carlista.....	487
Epílogo.....	593
Bibliografía.....	611
Fuentes Archivísticas.....	634
Fuentes Hemerográficas.....	635

APÉNDICES

Apéndice I.....	638
Apéndice II.....	644
Apéndice III.....	645
Apéndice IV.....	646
Apéndice V.....	656
La Fundación Ignacio Larramendi el Premio Internacional de Historia del Carlismo «Luis Hernando de Larramendi» y este libro.....	659

PRÓLOGO

Jorge Vilches

La obra que tiene entre sus manos no es una biografía al uso. Se trata del estudio biográfico de uno de los políticos más relevantes del siglo XIX español, que hasta ahora estaba desatendida por la historiografía: Cándido Nocedal.

Ignacio de Hoces Íñiguez ha recuperado la historia de una España despreciada por no ser progresista. Tenemos numerosos trabajos sobre el universo izquierdista y republicano, con estudios que abordan minuciosamente asuntos de segunda fila, sobre todo desde la historia cultural, que dejan en oscuras la otra parte de la Historia de los españoles. Quizá sea porque cuando el estudioso aborda la biografía de un personaje, la creación y desarrollo de un partido o un movimiento social de esos que constituyen la otra España, se desmontan muchos artificios, se ponen caras y nombres a quienes hasta ese momento solo eran los derrotados o los obstáculos al progreso.

La biografía de Cándido Nocedal realizada por Ignacio Hoces sirve para cubrir ese desequilibrio. No es una hagiografía, ni está trufada de ideología para predisponer las conclusiones desde el inicio. Con mucho trabajo e ilusión ha sacado de la oscuridad a un político y académico notable, que de haber sido republicano o socialista contaría con varios estudios.

En estas páginas nos encontramos con un Nocedal que permite seguir el camino que hicieron no pocos liberales desde el progresismo hasta el tradicionalismo, pasando por el moderantismo. Ese viaje fue el resultado de dos circunstancias: los hechos revolucionarios de la Europa de su tiempo y la evolución intelectual de Nocedal. Para sacar al personaje a la luz, Ignacio de Hoces se ha alejado de ucronías y de presentismos, y se ha basado en el duro trabajo de archivos y en esa fuente tan rica como árida que es el Diario de Sesiones de Cortes.

La vida de Nocedal es seguida en esta obra tomando los elementos propios de la historia política, sin más aditamento que la filosofía política. El resultado es la ubicación del protagonista en la exactitud del sistema de partidos, de las Cortes, en su relación con la Corona, la importancia de las elecciones, el peso de las ideas políticas en la conformación de las mentalidades que impulsan el comportamiento, todo en su contexto español y europeo, con rigor y profesionalidad. No se olvida en esta obra la parte íntima de Nocedal, tan influyente, como fue su núcleo familiar y sus avatares personales.

El resultado, este libro, que fue una magnífica tesis doctoral que tuve el honor y el gusto de dirigir, es una gran aportación al conocimiento científico. Nunca más podrá escribirse sobre los neocatólicos –que no se estudiaban en profundidad desde la obra de Begoña Urigüen, fechada en 1986– sin citar la obra de Ignacio de Hoces. Tampoco se podrá eludir su consulta ni su mención cuando se trate de la evolución del moderantismo al tradicionalismo en los años finales del reinado de Isabel II, el Sexenio y la Restauración.

Este es el fruto de una actitud respetuosa y madura ante las fuentes, sin retorcer la información para que salga el prejuicio del historiador, y sin ocultación de datos. La historia como fue, con sus claroscuros, sin santos ni demonios. Así era Cándido Nocedal en su vida pública y privada, un político más de los que constituía la élite directora de la España del siglo XIX, con aciertos y errores. Por eso esta obra responde a preguntas inteligentes: ¿Qué llevaba a un progresista a pasarse al moderantismo? ¿Cómo se constituyeron el neocatolicismo y el tradicionalismo? ¿De dónde procede, cómo se organizó y quién lo lideró? ¿Qué defendió y por qué? ¿Cuál fue su actuación en la monarquía constitucional y en la democracia?

En definitiva, la biografía de Cándido Nocedal que ha escrito Ignacio de Hoces y que ahora ve la luz, es una gran aportación al mundo académico y, también, de fácil lectura para el lector aficionado. No existía un acercamiento serio al político a pesar de su relevancia, ni sobre el neocatolicismo y el tradicionalismo a pesar de ser claves para entender el siglo XIX español. Además, la obra se aleja del modo de pensamiento ideológico, y se aborda la historia sin presentismos ni apriorismos, sin ucronías ni juicios morales, algo que tiene un enorme valor en esta sociedad de la cultura de la cancelación y de la corrección política.

Para mí fue un placer y un honor dirigir este magnífico trabajo, que ahora está a disposición de todo el público.

PRÓLOGO

Pedro Carlos González Cuevas

Nos encontramos en una coyuntura en que la disciplina de la historia se encuentra rodeada de confusión. Y es que las estructuras analíticas y conceptuales características de la Ilustración y, por ende, del marxismo han sido erosionadas, sobre todo desde la caída de los sistemas de socialismo real, profundamente. Ya no es posible en absoluto construir un pasado en su realidad entera, ya que todas las reconstrucciones se han mostrado provisionales y dependientes de múltiples interpretaciones. En opinión de algunos, como el filósofo Hayden White, la historia se encuentra muy próxima al artefacto literario. Para autores como Roland Barthes o Jacques Derrida, el lenguaje es lo que determina la realidad: todo es una construcción lingüística/textual. En historia como en política se impone, pues, como hubiera dicho Michael Oakeshott, un profundo escepticismo metodológico. Hoy como ayer, la historia se nos muestra como una de las realidades más esquivas al análisis racional, a causa de su complejidad, arbitrariedad, y de la subjetividad de los testimonios. En ese sentido, cada historiador puede seguir el método que juzgue más conveniente y útil. En mi opinión, la «historia razonada» a que hacía referencia Joseph Schumpeter, en su obra *Capitalismo, socialismo y democracia*, sigue siendo una aspiración legítima, dentro, por supuesto, de los límites a los que hemos hecho referencia. Ahora bien; lo que resulta exigible al historiador es, en primer lugar, la honradez intelectual, un imperativo moral hoy muy devaluado. Sin duda, todo historiador tiene su ideología o, si se quiere, su filosofía de la historia, su marco conceptual previo. Sin embargo, ello no le exime de la búsqueda imparcial de la verdad factual. Los hechos han sucedido o no; y averiguarlos es una tarea que permite, aunque sólo sea provisionalmente, llegar a certidumbres. Durante mucho tiempo, se atribuyó la matanza de Katyn a los na-

cional-socialistas; hoy sabemos que fue obra de los comunistas soviéticos. En ese sentido, la búsqueda de la verdad sigue siendo, con todos sus condicionamientos de orden epistemológico e incluso antropológico, el horizonte utópico de la labor de los historiadores. Naturalmente, todo es susceptible de interpretaciones alternativas, ya que siempre existe una selección previa de los datos por parte del historiador. Por ello, resulta absolutamente necesario garantizar una amplia libertad en todos los ámbitos del campo historiográfico, enaltecendo una ética del diálogo y de la crítica solvente, y no obstaculizando los necesarios debates mediante el recurso a leyes coercitivas y sectarias por parte del Estado. Al mismo tiempo, como solía decir George L. Mosse, es exigible al historiador una cierta dosis de empatía hacia su objeto de estudio, para lograr una mayor credibilidad ante el lector. Técnicamente, empatía no significa simpatía: Significa la capacidad de identificarse con otros individuos o colectivos socialmente diferentes, tal vez adversarios e incluso enemigos, sin sentir una especial conexión en el plano emocional. De la misma forma, resulta recomendable al historiador un cierto realismo político, mediante el cual se analice fríamente el contexto político, social y lingüístico de la época; lo que implica no caer en el fácil recurso a lo que historiadores como Delio Cantimori o Renzo de Felice denominaban «moralismo sublime», es decir, juicios de valor al servicio de una ideología o causa política determinada. Y, sobre todo, hay que demandar al historiador solvente autenticidad. Desde luego, no es cómodo navegar contra viento y marea; el ideal es llevarlos a popa. En términos generales, vivir contra corriente no es una empresa amable, ni natural, ni práctica, ni tranquilizadora, sino más bien ingrata, forzada, ruinosa e inquietante. Los maestros del pragmatismo vital son los capaces de aprovechar hasta las brisas más leves. Pero hay tareas que sólo son auténticas si se cumplen poniendo entre paréntesis todos los vientos, y una de ellas es la teoría o el tema a elegir. Obstáculo serio y áspero, aunque óptimo para medir cualidades. Y es que, al menos en mi opinión, una de las posturas menos gallardas en que puede encontrarse un intelectual o, en nuestro caso, un historiador, es la de seguir la corriente; y no me refiero solo a las manidas de la política, sino muy principalmente a las intelectuales. Porque también en la geografía del espíritu hay aguas arriba y aguas abajo.

En virtud de todo ello, resulta un gran honor para mí prologar este libro. Su autor, Ignacio Hoces Íñiguez, madrileño de 1983, es un universitario dinámico, doctor en Derecho por la Universidad Católica de Murcia y doctor en Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Es, además, correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Y autor de un interesante libro, *Representación de intereses socioeconómicos y diálogo social. Los consejos económicos y sociales de los Estados de la Unión Europea*.

Ahora, en *De progresista a carlista. Cándido Nocedal (1821-1885), una biografía política*, nuestro autor emprende el estudio de la trayectoria vital en un «hombre representativo», como diría Ralph Waldo Emerson, de la España del

siglo XIX. Su condición de «profeta del pasado», por emplear la expresión de Jules Barbey D'Aurevelly, le enajenó el interés de los historiadores; y lo mismo le ha ocurrido, aunque en menor grado, a figuras como Juan Donoso Cortés, Jaime Balmes, Antonio Aparisi y Guijarro o Marcelino Menéndez Pelayo, que siguen sin ser merecedores, al parecer, de biografías de rango académico. De ahí que la empresa de Ignacio Hoces reúna los requisitos del genuino historiador, por encima de servidumbres políticas y ortodoxias de escuela historiográfica: honradez, empatía, realismo y autenticidad. La figura de Cándido Nocedal y Rodríguez de la Flor es, en ese sentido, todo un reto. Lo es ya de por sí el propio género biográfico, como señaló John Elliot, como gran desafío para los historiadores, ante todo por su profunda complejidad. Sin embargo, la figura de Nocedal era ya de por sí problemática ya que su carácter de «profeta del pasado» resultaba antagónica como la *grand narrative* (A. Megill), es decir, con el relato sintetizador, hoy hegemónico, que pretende ofrecer el testimonio acreditado de los segmentos de la historia de una nación: «democratización», «secularización» o «crecimiento económico». No hace mucho, se impuso en el campo historiográfico español la *grand narrative* marxista, de la mano de Manuel Tuñón de Lara y de Josep Fontana; hoy, hasta cierto punto es dominante la liberal o, como la apellidó Herbert Butterfield, «whig». Tan arbitraria una como otra; lo vimos con el final del paradigma marxista, tras las revoluciones de 1989; lo vemos ahora con la crisis del modelo neoliberal o el fraude político-intelectual del utópico «final de la historia» defendido por Francis Fukuyama. Hace ya algunos años el historiador José Luis Abellán pretendió articular y difundir una interpretación progresista de la historia del pensamiento español. Su trama narrativa intentó relacionar teleológicamente el erasmismo con el socialismo triunfante en las elecciones de 1982. Los corifeos de Erasmo culminaban en el socialismo humanista de Fernando de los Ríos Urruti. No es broma. Desde esta perspectiva, el pensamiento tradicionalista, del que fue portavoz Cándido Nocedal, carecía, según él, de toda relevancia intelectual y política, en esa línea, en ese *telos*, que marcaba el camino a seguir hacia la deseada modernización social, política y cultural. A lo sumo, era una rémora en el camino del progreso. En su mediocre y deficiente *Historia crítica del pensamiento español*, con la que pretendió emular a Menéndez Pelayo, Abellán defendía interpretaciones cuando menos distorsionadas, incluso, absurdas. Jovellanos era presentado como un ilustrado radical, utópico; Teresa de Jesús precursora del feminismo; Jaime Balmes defensor nada menos que del liberalismo doctrinario; y regeneracionistas y conservadores como «prefascistas». No deja de ser significativo que José Luis Villacañas haya calificado la *Historia crítica del pensamiento español*, de obra «inútil» y «estéril». Tiene toda la razón. Está por ver si la que hoy está difundiendo y redactando el propio Villacañas, *La inteligencia hispana*, es mejor; lo dudo mucho. Sin embargo, Ignacio Hoces se encontraba con otros obstáculos. Sobre Nocedal apenas existía bibliografía; era un campo yermo, baldío. Solo la apologetica monografía de Cristóbal Botella y alguna antología. A un sector del carlismo, Nocedal siempre le resultó sospecho-

so, por sus antecedentes progresistas y liberales, incluso como adalid de la táctica parlamentaria durante el Sexenio Democrático. Luego como progenitor del promotor del cisma integrista. Los menéndezpelayistas no le perdonaron sus críticas al historiador santanderino. *Acción Española* no le citó entre sus precursores. Tampoco el régimen del general Franco. En la historiografía contemporánea, las menciones a Cándido Nocedal eran escasas y casi siempre condenatorias, como ocurría, por ejemplo, en la célebre obra de Raymond Carr, *España*.

A pesar de todo ello, Ignacio Hoces ha sabido responder satisfactoriamente a la challenge que suponía una biografía de un político español de esas características. Y es que en esta obra predomina claramente la honradez intelectual. Su método consiste en agotar las fuentes existentes, en someterlas a un careo implacable y a una crítica inteligente. Además, el autor, sin dejar de ser un narrador positivo, es decir, ceñido al dato, envuelve las noticias en un halo incitante y evocador. En suma, estamos ante un erudito –en el mejor sentido de la palabra–, pero igualmente ante un buen narrador. En eso consiste, propiamente hablando, el buen historiador. Unido a ello, destaca ese realismo inherente a la genuina historia política e intelectual. Los juicios extemporáneos de valor brillan por su ausencia. A la hora de estudiar a un político de las características de Nocedal, nada más fácil que emitir, venga o no a cuento, sermones de tipo democrático-liberal o de cualquier otra fratría política. Al contrario, domina la empatía y la distancia. Se diría que ha seguido los sabios consejos del gran Baruch Spinoza emitidos en su *Tratado político*: «No ridiculizar, ni detestar las acciones humanas, solo entenderlas».

Por otra parte, la figura de Cándido Nocedal plantea una serie de problemas al historiador español dedicado al siglo XIX. En primer lugar, muestra que, como decía Golo Mann, la biografía es siempre historia general que toma como punto de partida una persona singular. De origen claramente mesocrático, Nocedal no fue, desde luego, lo que Charles Morazé denominó un «burgués conquistador»; fue, como la mayoría de la mesocracia y burguesía españolas, muy deferente hacia los valores tradicionales característicos del Antiguo Régimen, en particular a los valores religiosos católicos. Hoy, como ya hemos adelantado, el clásico modelo histórico de «revolución burguesa», que tanto torturó nuestras mentes de estudiantes universitarios bajo la férula de los acólitos de Manuel Tuñón de Lara, se encuentra totalmente devaluado. Como ya destacó un marxista inteligente, como Edward Palmer Thompson, una clase social no lo es sólo por lo que es objetivamente, sino de la misma forma por su propia voluntad de serlo. De ahí que una clase no se defina como un agregado de agentes con una misma posición en el proceso productivo, sino como un conjunto de normas, hábitos, significados, costumbres y símbolos con los que se identifican grupos de individuos. En general, las burguesías españolas, y Nocedal fue un buen ejemplo de ello, si nos atenemos a los datos suministrados por Ignacio Hoces, adoptó unas posiciones en función de sus necesidades y deseos para mantener su respetabilidad. Sus actitudes responden a una combinación entre lo tradicional y lo innovador. Sus cambios de militancia

política tuvieron, a mi modo de ver, una motivación, en el fondo, religiosa, ante las nuevas situaciones inauguradas por las tormentas de 1848 y luego por el Sexenio Democrático. De la misma forma, la trayectoria de Nocedal nos muestra las contradicciones sociales, políticas, culturales y religiosas, que implicaron el tránsito de la sociedad de Antiguo Régimen a la sociedad de mercado liberal-capitalista. Ese tránsito no fue en modo alguno lineal y armonioso, sino trágico y dramático. Conviene, a ese respecto, someter a crítica la mirífica interpretación whig de la historia política y social, que hoy, en gran medida, ha sustituido a la interpretación marxista en el campo historiográfico español. El proceso de instauración de lo que Benedetto Croce denominaba «religión de la libertad» llevaba consigo no sólo transformaciones de tipo socioeconómico, sino, según Marcel Gauchet, «la guerra civil de la espiritualidad» y «la salida de la religión», en otras palabras, la secularización, proceso muy traumático en el que los hábitos, las costumbres, las creencias y las mentalidades del conjunto de la población fueron puestos en cuestión. No menos traumáticos fueron, como es sabido, los cambios de modelo socioeconómico. Un izquierdista cristiano, Karl Polanyi describió, en su célebre obra *La gran transformación*, como la alteración del modelo económico tradicional requirió una reconfiguración deliberada y a menudo violenta de las economías locales por parte de las élites económicas y estatales que sacudieron y desplazaron a las comunidades y prácticas tradicionales. La «individuación» de las personas necesitó no sólo que se separasen los mercados de sus contextos sociales y religiosos, sino que la gente aceptase que su labor y sus productos no eran más que mercancías estándar sujetas a los mecanismos de conformación de precios, un modo transformador de considerar tanto a las personas como a la naturaleza bajo un nuevo prisma utilitarista e individualista. Si el liberalismo de mercado requirió tratar tanto a las personas como a los recursos naturales como mercancías fue para poder disociar los mercados de la moral y «reeducar» a las personas para que pensasen sobre sí mismos en términos de individuos separados de la naturaleza y del resto de los seres humanos. Los procesos de desamortización de Mendizábal y Madoz fueron una buena prueba de ello. Con todo, no fue Nocedal el gran crítico tradicionalista de las desamortizaciones; lo fue Antonio Aparisi y Guijarro, otro olvidado por parte de nuestra historiografía del siglo XIX. De ahí la profunda crisis de legitimidad que padeció el liberalismo español desde sus inicios hasta el estallido de la guerra civil de 1936. Lo cual explica, entre otras cosas, la persistencia de actitudes tradicionalistas en el conjunto de las derechas españolas, al igual que del anarquismo y de las expectativas revolucionarias de las izquierdas.

Estas son algunas de las reflexiones que me ha suscitado la lectura y el estudio de la trayectoria vital de Cándido Nocedal narrada por Ignacio Hoces. Con esta monografía, el autor entra por la puerta grande en el campo historiográfico español. Las principales cualidades de esta obra no son sólo la honradez, la empatía, el realismo y la autenticidad, sino, además, y sobre todo, su maestría en el manejo de las fuentes, su capacidad de exposición analítico y erudito. Este es el camino; el de auténtico y necesario revisionismo histórico.